

“Nueva Lente 100” (12-1980)



Martí, Miró, Mont-Roig: LA CONSTELACION N°24

RAUL RUIZ

*Para Mont-roig, para Miró, para Martí
Rom..., desde Golconda.*

*«Cuando empiezo una obra, es
como si plantara un árbol: lo
dejo ahí y, con el tiempo,
añado, podo, corrijo y oriento mi gusto.»*

JOAN MIRÓ.

NO es probable que el caballero Croissant de Petritxol, a su vuelta de las cruzadas y tras su breve estancia en Taormina, desembarcara en las costas de Cambrils y se dirigiera a la ermita de San Ramón. No consta por escrito que el caballero cristiano se sintiera atraído por aquella montaña roja o por aquel campo de olivos y algarrobos. Ni siquiera se tiene la certeza de que se encaminara, acto seguido, hacia el castillo templario de Miravet. Y, sin embargo, aquellas inscripciones en la roca, esta peregrina intuición del pasado y este deseo de desbordante imaginación, quizás, nos confirmaría la... Pero esa es ya otra historia.

* * *

Pocas, realmente, son las noticias ciertas que se tienen sobre Mont-roig. La indiferencia, la desidia, el azar y las guerras, han ido convirtiendo en cenizas —o leyenda— esos necesarios instrumentos del historiador: los datos, las pruebas documentales...

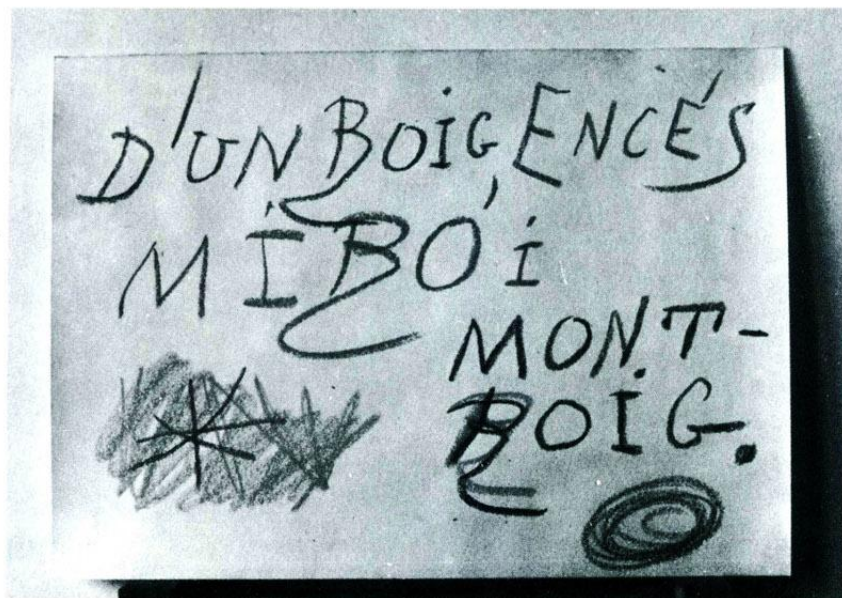
Pero nos podemos imaginar, perfectamente, al primitivo núcleo de población asentado en aquella llamativa, vistosa —¿sagrada—, montaña roja. De origen ibérico, la población, sin duda, se mezclaría con el ejército colonizador, dando pie a esa denominación, mixta y artificial, de iberorromanos. Los pueblos bárbaros del Norte no dejaron huella alguna. Las únicas «hue-

Título del filme.

llas» que perduran en el legendario acervo popular son aquellas de los caballos musulmanes: la impronta pétrea de unos cascos sobre el roquedal de la montaña rojiza. Es fácil pensar que esta atribución «no se ajusta a verdad», pero el hecho mismo de atribuirnos induce a imaginarnos la posibilidad histórica.

Y llegamos ya a una fecha de la que tenemos constancia: el 2 de agosto de 1180 el rey Alfonso otorgó Carta de Población a todos los pobladores y habitantes de Mont-roig, fijando cómo debían regirse, mantenerse y gobernarse. Desde que el mismo rey hizo donación de la villa, cinco años más tarde, al arzobispado de Tarragona, aquélla debía pagar sus diezmos al obispo metropolitano, que detentó, a partir de entonces, el título de barón de Mont-roig. A lo largo de los siglos XVI y XVII, Mont-roig sufrió las continuas razzas de los piratas mediterráneos. En los libros del Consell de l'Universitat de Vilaseca se lee: «En el mes de julio de 1558, el renegado Oxali, arráz al mando de ocho galeras, llegó por la noche a las calas de Salóu y, de allí, salió la noche siguiente y fue a desembarcar al cabo de Rifá, y con más de trescientos turcos fueron a la villa de Mont-roig, a una legua por tierra, y se llevaron cautivas a dieciocho personas, destruyeron muchas casas, robaron e hicieron todo el daño que pudieron».

El siglo de las luces pasa por Mont-roig con la misma displicencia que aquel caballero francés del que nos habla Joan Perucho: «El caballero francés Alexandre de Laborde se detuvo, a finales del siglo XVIII, en Tarragona y estuvo muy displicente con ella. La encontró sucia, provinciana y el estilo de sus monumentos no demasiado elegante. El campo le pareció regular. Atravesó Salóu y Cambrils, un poco malhumorado, y pernoctó en una fonda de Hospitalet del Infant».



Joan Peruchó, encantadoramente infiel a la presunta verdad racionalista, prosigue en su artículo: «Para quitar el mal sabor de boca que nos dejó Laborda, unos años más tarde, según dicen las *Memorias de Agricultura y Artes* de la Junta de Comercio de Barcelona, entraron por las costas de Cataluña numerosos enjambres de mariposas multicolores. El vulgo creyó que eran larvas turcas o francesas, destinadas a traernos la peste de levante. Nada de ello ocurrió. Todas se posaron amablemente alegrando con su vista los campos y las ciudades. Tarragona debía estar muy bella con sus mariposas en lo alto de la catedral, y su campo literalmente maravilloso». Durante la guerra de independencia aconteció la que se ha dado en llamar «Jornada napoleónica de Mont-roig». Parece ser que unos soldados españoles refugiados en Mont-roig, acompañados de algunos paisanos del pueblo, atacaron un convoy francés que, procedente de Coll de Balaguer, llevaba harina y otros víveres al ejército galo que sitiaba Tarragona. El convoy, compuesto por veinte mulas, fue escondido en la ermita de la Roca.

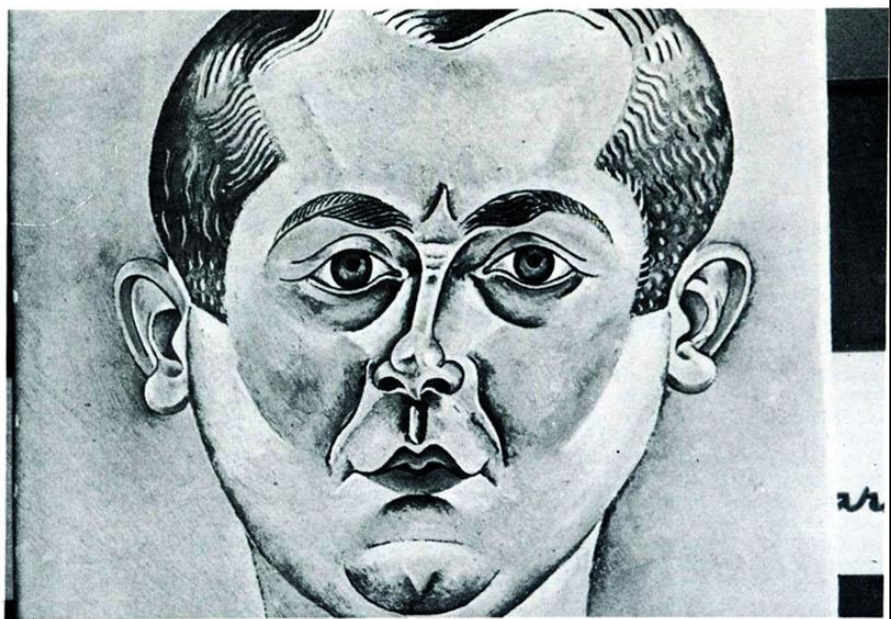
El general francés Suchet, sorprendido e indignado, envió un batallón a Mont-roig con órdenes precisas de saqueo a sangre y fuego. El 13 de junio de 1811, los soldados se dejaron llevar por la pasión, el instinto y la violencia: hubo muertes, violaciones y destrucciones. Mientras esto ocurría en la villa, un grupo de franceses subía hasta la ermita y, tras destruir los retablos y profanar imágenes (en palabras del presbítero J. García), «todo fue quemado entre blasfemias, escarnios diabólicos y borracheras». Es de suponer que en la segunda mitad del siglo XIX las disputas dinásticas llenarían buena parte de la vida y ámbito de Mont-roig. La división política que se da en la España de la época, sin duda, se reflejaría en la villa y llegaría a ser el origen de lo que, al comienzo del siglo siguiente, fueron el Centro Legitimista y el Centro Liberal.

* * *

El 20 de abril de 1893, a las veintiuna horas, en el número 4 de la calle del Crédito de Barcelona, nace un niño. Su padre es orfebre y su madre es hija de un ebanista.

Al niño, descendiente de artesanos, ya se le ha trazado el camino: será tenedor de libros. Imaginarse toda una vida entre los números del *debe* y el *haber* es como para enfermar a cualquiera. Al joven meritorio, aficionado al dibujo y la pintura, le dan unas fiebres que el médico diagnosticará como tifus; se les llamarán «fiebre de Barcelona» y, en rigor, se podrían denominar como «fiebres del repudio burocrático».

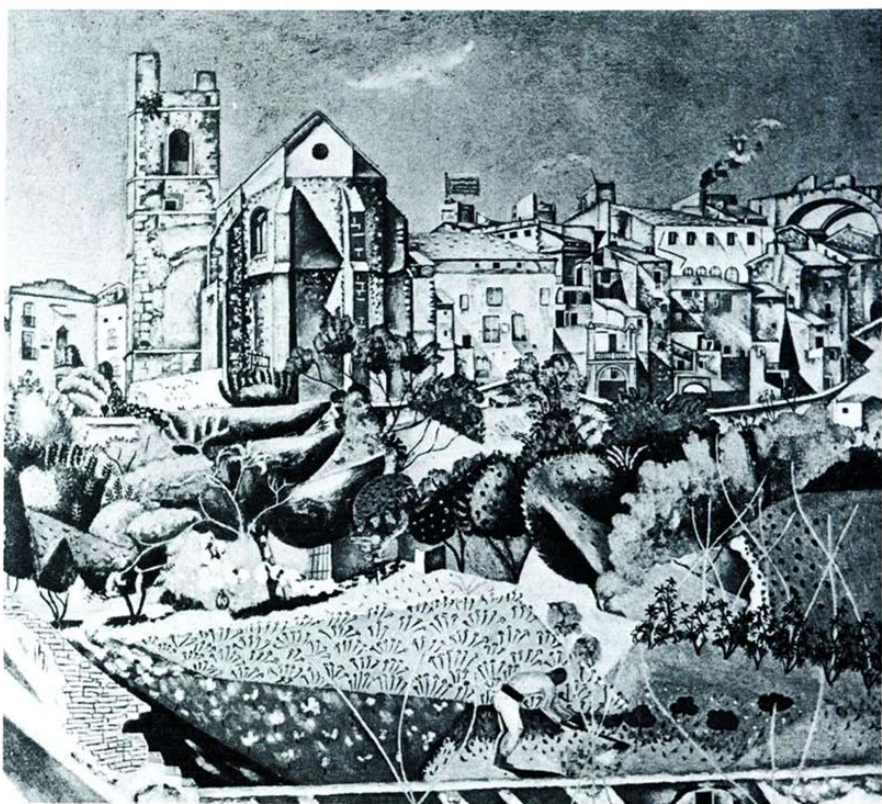
Estamos en 1977. El joven baja corriendo desde el pueblo hasta el mar. Son ocho o nueve kilómetros, entre campos de olivos y algarrobos. Su jadeo es rítmico, gimnástico: inspiración, espiración, inspiración. Todo llama la atención del joven que se recupera de unas fiebres tifoideas. El término municipal de Mont-roig le ofrece bosques,



Primer plano del autorretrato de J. Miró.

huertos, costa..., para su inspiración. Raíces, agua, estrellas de mar, cañas..., para su inspiración. Los vientos —marinada, garbí, serè— lustran el azul vivísimo que se adhiere a las pupilas del joven. La tierra rojiza inspira religiosamente al ex-meritorio de la teneđu-

Cuadro del pueblo de Mont-roig.



ría, al ya artesano-artista del color y de las formas.

Pasa el tiempo. París, Nueva York, Tokio, Venecia, Basilea... conocen el pueblo de Mont-roig a través de las obras del eterno joven: dibujos, esculturas, cerámicas, grabados, litografías, aguafuertes, *gouaches*, *collages*... «Desearía tratar de superar, en la medida de lo posible, la pintura de caballete que, a mi entender, es mezquina en sus objetivos, y acercarme, a través de la pintura, a las masas», diría el incansa-



El equipo de rodaje.

ble joven, coincidiendo, *mutatis mutandis*, con la opinión del escritor y estudioso del arte Carlos-Bolívar Gómez. Nuestro joven ha conocido a los artistas más sobresalientes de su tiempo: Tristan Tzara, Max Jacob, André Masson, Pierre Matisse, André Breton, Paul Eluard, Louis Aragon, Ernest Hemingway, Pablo Picasso, Alexander Calder... Los grupos o ismos le han interesado, pero no seducido: busca el alto sentido de la libertad creativa, la libertad artística, la libertad del individuo... Porque la libertad que aporta el individuo es la única libertad que se puede compartir gratuitamente. La otra, la libertad concedida desde altas instancias, es una libertad embotellada, pasteurizada, de precio fijo. Y se ve al famoso y joven sexagenario pasear por Mont-roig. Tiene el pelo blanco, las mejillas sonrosadas, los ojos vivos. Asiste a la misa que se celebra en el mas d'En Romeu. Calza alpargatas, viste llamativas camisas de colores, muestra una sonrisa afable. Son los años cincuenta y nuestro personaje está a un paso de la infancia. Por esas mismas fechas, otro paseante, también enamorado de Tarragona y sus comarcas, nos habla de Mont-roig: «Paso a menudo ante estos parajes amados por Miró. En Falset derivó a la derecha y, por una mala carretera, descendiendo por la Torre de Fontaubella hacia Mont-Roig. El paisaje es impresionante. Cuando llego a la rojiza mole de la Roca, justo sobre Mont-roig, me gusta imaginarme al caballero Luys Pons de Ycart indagando por inscripciones y medallas, por el nombre de una planta o de un pájaro. Un poco más allá, en pleno llano, se levanta la masía de Joan Miró. El día es soleado y tranquilo. Entonces, un inmenso vuelo de mariposas oscurece por un momento el cielo. Las hay verdes, amarillas, rojas y azules. Se van posando, lentas y silenciosas, sobre el campo; muy vivas y diminutas, misteriosamente inexistentes». Es Joan Perucho relacionándonos el caballero, las maripos-

sas y Joan Miró, en su libro *Galería de los espejos sin fondo*; es Joan Perucho apuntando una poética teoría de los colores en Miró, teoría que se inscribe en esa suposición de que las mariposas forman parte también de la constelación número 24, la constelación de la M.

En la década de los sesenta, un licenciado en Historia por la Universidad de Valencia, grita su deseo: «D'un roig encés...» (De un rojo encendido)... Raimon Pelejero ha encontrado una manera de comunicarse con su gente: grita —o canta— al viento, poemas de Espriu, de Ausias March, de Jordi de San Jordi, de Anselm Turmeda, propios... Canta —o grita— sus poemas a la juventud de aquella época y se los dedica a los mayores, a esos canosos, eternos jóvenes.

El 20 de abril de 1979, Joan Miró cumple ochenta y seis años e ingresa, por tiempo y méritos propios, en la dorada infancia. Nueve días más tarde, el pueblo de Mont-roig le tributaba un homenaje al que asistía, cámara en mano, Martí Rom.

* * *

He aquí la constelación número 24; he aquí la intrincada relación estelar que va desde los templarios hasta el cine, pasando por Alfonso II, Oxali, Perucho, Miró, Hemingway, Raimon y Martí Rom; he aquí el portentoso árbol mironiano, árbol que da pie, como cita, a la presente *revisión*.

Cuando uno ve *D'un roig encés: Miró i Mont-roig* siente vocación de relator: de relatar las relaciones que provocan las imágenes. Podría haber dicho simplemente que la película de Martí Rom se centra en una entrevista al pintor Joan Miró, entrevista que va precedida, moteada y epilogada de distintas aproximaciones al vínculo del artista con el pueblo de Tarragona. Pero esa hubiera sido más bien labor de *dela-*

tor. Siempre he tratado de no juzgar, sino de exponer, sorprender, provocar, conmover, mover, imaginar, sugerir... Porque una película —ya lo hecho en otras ocasiones— no sólo es lo que nos muestra, sino también lo que nos sugiere... Y, así, un espectador como yo, no necesariamente ha de ser un crítico. La tarea inicial de Martí Rom ha consistido en indagar y estudiar —como el caballero Luys Pons de Ycart—, fundamentalmente, la obra pictórica de Miró que hace referencia a Mont-roig. La tarea primordial, es decir, la tarea cinematográfica, no ha sido otra que la de *mostrar y demostrar* su hipótesis: no se puede entender la creación mironiana sin Mont-roig; no se pueden entender sus estrellas, sus lunas, sus constelaciones, sus líneas, sus manchas, sus colores..., sin Mont-roig, sin las cañas, sin los huertos, sin las masías, sin el mar, sin la tierra, sin el cielo, sin los árboles de Mont-roig.

Para todo ello —y aparte de lo puramente biográfico—, Martí Rom *ha seguido y perseguido*, con una voluntad singular, aquellos parajes de Mont-roig que los ojos de Miró escrutaron y su mano plasmó. Martí Rom *ha conseguido* los enfoques justos, los mismos: la realidad de referencia se desprende de la contigüidad de fotograma y cuadro, la realidad de referencia —no hay lugar a dudas— es el ámbito de Mont-roig.

Evidentemente, la película, que ha contado con la inestimable colaboración de Joan Martí y Llorenç Soler, sólo podía ser realizada por alguien que amara y conociera el pueblo, que amara y conociera al pintor, que sintiera un respeto —tan religioso como el de Miró— por esta tierra.

La película se abre con el jadeo, con la respiración, con el aliento —*spiritus, animus*— que insufla toda la obra. La película termina con una espiritual dedicatoria, laica, pero sagrada: «Al meu avi, que m'obrí les portes del coneixement» («A mi abuelo, que me abrió las puertas del conocimiento»).

Entre el principio y el fin: rumor de aguas, la voz de Raimon, himnos populares y el violoncelo de Pau Casals acompañando al niño Joan Miró, mientras escribe-dibuja el título de la película: *D'un roig encés: Miró i Mont-roig*. Tanto la película como esta *revisión* responden a lo que he dado en llamar árbol de Miró: árbol que no tiene nada de árbol porfiriano, sino que arraiga en una tierra ancestral, tierra de la infancia, de los colores puros, de las sensaciones, del inconsciente, de las relaciones subterráneas o aéreas... Obviamente este árbol no puede ser otro que el árbol junguiano.

* * *

Desde esta recién estrenada primavera de Golconda, uno intuye que todo lo que le rodea forma parte, gozosa e inevitablemente, de una constelación arbórea en la que aparece la reciente sorpresa de la M: esa M que surca nuestra palma de la mano, esa M de Martí y Miró y Mont-roig, esa M que nunca quiso decir muerte, sino maravilla. ■